



La Prueba del fuego. Muchachas en el puente. Niña enferma.

para la pintura o para el grabado. Los mismos le sirvieron para sus diferentes maneras de laborar pictórico, bien fuese óleo, aguafuerte, xilografía o litografía. Más de setecientos motivos basamentaron su obra gráfica, realizada por propia mano tanto en el momento de la creación artística como en el de la labor artesana de la impresión. Por ello pueden resultar tan distintas las reproducciones de la misma piedra litográfica o del grabado sobre madera, porque Munch creaba sobre la marcha, introduciendo variaciones técnicas mientras su brazo daba impulso al tórculo.

Precisamente cuando se está casi en puertas de abrirse el Museo que la ciudad de Oslo construye para su máximo pintor nacional llega a España esta tan necesaria presencia de uno de los pintores que con Van Gogh y Ensor se consideran los creadores de lo que actualmente conocemos por "expresionismo". Algo en lo que ya Goya

había insistido anteriormente, aunque entonces no se le conociese a esa manera de hacer por dicho nombre.

Por muchas razones, viejas y recientes, llega en buena hora Munch hasta nosotros. Siempre el arte español ha estado abocado a esa "tendencia subjetiva de subrayar los caracteres expresivos inmanentes a toda realidad", a esa tensión emocional que envuelve a veces como un torbellino las formas hasta hacerlas aparecer distintas, crispadas por las internas tormentas del espíritu.

Munch fué un solitario mordido por todas las depresiones imaginables, por una amargura sin esperanza en la que brillaban como cegadores luces los dos opuestos extremos: la vida y la muerte, el amor y la mujer. Entre ambos, una serie de acongojantes experiencias personales que lo marcaron para siempre desde sus atormentados años juve-

niles. Temor a la vida y profundo pesimismo han sido señaladas, con razón, como dos de las más características determinantes de la obra de Munch pero también una pasión contenida y nunca satisfecha, un interrogante ante los sombríos ojos para el que nunca se encontró respuesta clara y animosa.

Aparte del valor intrínseco de la obra de Munch el nombre de este pintor queda ligado a la fama de un hecho trascendente para el arte contemporáneo: la fundación en Dresde, en el año 1903, del primer grupo artístico moderno con el nombre de "Die Brücke" (El puente), formado por Heckel, Pechstein, Nolde, Kichner y Schmidt-Rottluff. Fueron los propulsores del expresionismo contra el impresionismo reinante entonces los que se proponían en la tarea pictórica que quedase manifiesta el "alma interna", "la sustancia oculta", "la cosa en sí".



Libros españoles de arte

Gaya Nuño, Juan Antonio: *La arquitectura española en sus monumentos desaparecidos*. Madrid, 1961, Editorial Espasa Calpe. 461 páginas, 316 ilustraciones en negro, cinco láminas a todo color.

No es muy frecuente la bibliografía española de libros de arte valiosos, aunque

de un tiempo a esta parte podamos observar con alborozo cómo las editoriales patrias van cubriendo cada vez con mayor constancia esta importante faceta de las publicaciones.

Iniciamos hoy en ARQUITECTURA la reseña de los libros con tema artístico que por

su importancia creamos deben tener aquí un lugar destacado. Y nos complace comenzar la tarea trayendo en primer lugar una obra original y laboriosa como es esta de Gaya Nuño, de tan gran interés para todos y en especial para los expertos de la arquitectura.

La arquitectura española en sus monumentos desaparecidos es obra de testimonio y denuncia, de pasión y rabia al mismo tiempo. Al ir repasando el texto y las ilustraciones de sus cuatrocientas sesenta y una páginas de gran formato, una indignación creciente va invadiendo el ánimo del lector. Asombra comprobar cómo se ha podido destruir tanto y tan estúpidamente en la España de hace sólo unos pocos años, sin que hubiera nadie capaz de contener ni de lamentar los monumentos del pasado que caían bajo la piqueta sin ninguna razón poderosa.

El trabajo que Gaya Nuño ha realizado de investigación y rebusca es de los que ponen a prueba la paciencia mejor dotada. Porque para colmo de males ni siquiera se tomaban la pequeña molestia de fotografiar o tomar un ligero apunte de lo que iba a caer para siempre. Y no se crea que en este grueso volumen está todo lo que podía estar; el autor ha tenido que limitarse en el

número de las reliquias pulverizadas fijándolas en la cantidad de quinientas. Muchísimas más podrían acompañar este coro de lamentaciones que se nos clava en lo más profundo de la sensibilidad.

Monumentos que no han desaparecido por guerras, revoluciones u otras causas de fuerza mayor, sino por la dejadez y la falta de respeto al legado artístico y sentimental del pasado. Si se realizase otro trabajo con las destrucciones del tesoro monumental que han causado las conflagraciones armadas sería para maldecir de la humanidad toda, cuyo satánico afán destructor no tiene límites.

La obra de Gaya viene muy en su justo momento ahora que con tanto afán se está llevando una ingente tarea reconstructiva y salvadora del patrimonio artístico y monumental de la nación. Es lástima que a mediados del siglo XIX no existiera otro Gaya Nuño que hubiese levantado ampollas en la sensibilidad pública con un tono similar de todo lo que entonces se derribó sin remordimiento. Los males hay que aceptarlos como vienen, pero no cruzarse de brazos con el ánimo maniatado por el fatalismo, sino ver la manera de reparar el mal y combatir sin cansancio hasta encontrar el remedio. Una bella manera contundente de espolear la atención pública es este libro

valiosísimo de Gaya Nuño, del que habrá que partir siempre que se quiera estudiar este tema luctuoso.

El mal de muchos no es sólo consuelo de ignorantes, sino la prueba evidente de la existencia de dolencia epidémica. Queremos decir que para un posible consuelo, si es que puede llamársele así, no ha sido sólo España la que se ha entregado a este vesánico afán destructor. ¿Qué queda del importantísimo París medieval? ¿Qué podemos ver hoy aparte del montón de ruinas de la Acrópolis, de la Atenas clásica? ¿Qué resta del Milán gótico? Los interrogantes podrían irse colocando delante de cada ciudad de cualquier nación con idénticos resultados catastróficos. Ello no nos exime de culpa a los españoles ni nos justifica de ninguna manera, pero viene a demostrar que no fuimos los únicos en el momento de la tontería locura.

Agradecemos a Gaya Nuño su constante dedicación a un tema ingrato que era urgente sacarlo a la vergüenza pública. Desde un punto de vista estrictamente arquitectónico es de lamentar la ausencia casi absoluta de planos y plantas de los edificios desaparecidos reseñados en el libro. Pero estamos seguros que de haber existido esos documentos se hubieran insertado; la culpa no es del autor.

Iglesia de Nuestra Señora de Atocha. Madrid.

